

LOS CORAZONES DE JESÚS Y DE MARÍA

«Señor, amo la casa donde habitas, y el lugar donde reside tu gloria» (Sal 26, 8); pero ¿cuál es esta casa donde habita el Señor sino la que es el mismo trono de Dios y del Cordero, y de la cual brota un río de agua viva, limpia como el cristal? (Cf. Ap 22, 1). El Corazón de Cristo es el lugar donde sus pensamientos, que duran por todas las generaciones para los que lo aman (cf. Sal 33, 11), se hacen carne de Cristo, su vida, sus gestos, sus silencios, sus palabras, sus llagas, su llanto, su alegría. Es el humus, por así decir, del que brota su ser inefable, que se nos hace decible; el rollo sellado que desvela toda su vida y cuyos sellos abre el Espíritu; el volumen de los decretos de Dios, como la misma Sabiduría encarnada, que todo lo conoce y todo lo comprende (cf. Sab 9, 11). Y así el Corazón de Cristo sigue siendo una espléndida metáfora o símbolo para indicar el concentrado, o la fuente primera, de todo lo que Él ha dicho, hecho y, sobre todo (cuando ya no podía decir ni hacer nada, particularmente en la Pasión) íntimamente sentido. Es la raíz y el cumplimiento de todo su ser divino y humano, y en él están verdaderamente encerrados todos los misterios que se nos han revelado de Dios y de su reino, esa longitud, altura, anchura y profundidad que a su vez habita en nuestro corazón (cf. Ef 3, 18). Y de esto solo se puede conocer en el Espíritu (cf. 1 Cor 2, 14): pero «nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer lo que Dios nos ha donado» (1 Cor 2, 12).

Pero no es un símbolo abstracto: el corazón, o pecho, o seno (son imágenes que se solapan, se persiguen y se reflejan unas en otras, y la Escritura está llena de ellas) es corporalmente, diría antropológicamente, significativo, como el rostro, o la mirada. El corazón es verdaderamente un corazón, aunque no lo consideremos desde un punto de vista anatómico, o científico-descriptivo, sino más bien metafórico, alusivo, que sobrepasa la pura descripción o el análisis material. Es decir, no es un símbolo como lo es una señal de tráfico, que es abstracta, sino que posee una dimensión constitutiva e ineliminablemente real. Solo que la *res* subyacente se entiende no en sentido cuantitativo y descriptivo, el que nos es más familiar, es decir, el propio de la lectura científica de las cosas, para la cual, por ejemplo, el agua es hidrógeno y oxígeno, nada más (reduccionismo fisicalista), sino en sentido cualitativo y alusivo-evocador: de ahí su mayor significatividad.

El lenguaje religioso, como el poético, en efecto, no es descriptivo, sino simbólico. Es decir, conjuga, reúne, muchas realidades, encerrándolas como en un abanico, y abriéndolas en su variada complejidad en torno a un pivote, digamos, que las une y unifica. El símbolo, como es sabido, da que pensar y por eso es potencialmente inagotable. Hablar, pues, del Corazón de Jesús significa tener verdaderamente ante sí la carne del Salvador, esa carne que, impresa por el Espíritu de Dios y desde la eternidad vuelta hacia su Padre (cf. Jn 1, 1), hace de su Verbo o Palabra algo precisamente expresado, es decir, legible por nosotros y para nosotros: «quien me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14, 9). Significa, con el discípulo amado, ponerse

ante la escena culminante de su Evangelio, la transfixión, y ver en ella la cumbre de la revelación, y al mismo tiempo la fuente primera, aquello de lo que todo ha comenzado, el alfa y la omega, precisamente esos pensamientos de su corazón: «Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios todopoderoso, justos y verdaderos tus caminos, rey de las naciones [...] tus justos juicios se han manifestado» (cf. Ap 15, 3-4). El Corazón de Cristo, en efecto, se da a contemplar en todo lo que dice, hace, vive. Su Corazón es el lugar donde todo germina, todo toma su inicio, todo crece hasta su cumplimiento, es decir, al final, en la cruz, donde «todo está cumplido» (Jn 19, 30: *tetélestai*). Y aquí se cierra ese quiasmo iniciado con «los amó hasta el extremo» (Jn 13, 1: *eis télos*). Así toda la narración de la pasión explicita ese fin o cumplimiento del amor: por otra parte, no debemos olvidar que en los evangelios todo el relato de la vida de Jesús, tanto de la infancia como de la predicación del reino, encierra, como en una semilla, en letra pequeña, lo que en letras mayúsculas se narra en su pasión, muerte y resurrección. Es Cristo, en efecto, quien toma sobre sí el pecado del mundo, se carga con nuestros dolores y nuestros sufrimientos, de modo que los signos de curación, perdón y liberación anunciados en los Evangelios se cuentan no por curiosidad ni por exhaustividad histórica, sino como un anuncio de fe de lo que los oyentes ya creían por haberlo experimentado personalmente, es decir, la Pascua, de la cual esos signos son solo, por así decir, una manifestación anticipada, unos efectos prodrómicos. Verdaderamente en cada línea de los Evangelios, y en general de la Escritura, late, obra y vibra el misterio del Corazón de Cristo, sus pensamientos: «Él perdona todas tus culpas, sana todas tus enfermedades, rescata tu vida de la fosa, te corona de gracia y de misericordia» (Sal 103, 3-4).

Pero debemos evitar caer en un equívoco. Hasta ahora, en efecto, como por otra parte es inevitable, hemos hablado del corazón de Cristo tal como lo testimonian las Escrituras: el equívoco posible es que esta descripción se confunda con lo que él es de verdad. Me explico: así como un corazón dibujado en un atlas médico es solo una figura, pero no la realidad, la de un corazón verdadero, aquel con el que los médicos tratan de verdad, así el Corazón de Cristo es una experiencia viva de él, no una descripción o atestación de fe. Esto es solo una figura: «la realidad es Cristo» (Col 2, 17), y os invito a captar esta afirmación en el significado más radical posible.

Debemos estar siempre atentos, sobre todo quienes nos ocupamos de teología, a no confundir nuestras ideas sobre Dios, nuestros razonamientos, con Él mismo, que es *semper maior*, más grande que todo nuestro bello discurso. De lo contrario acabaríamos venerando ídolos, como lo son precisamente nuestras ideas; en cambio, es justo venerar las imágenes, en cuanto nos remiten a una realidad. Pero la realidad no son nuestras ideas sobre la realidad. En este sentido, el Corazón de Cristo se ofrece a cada uno en la experiencia viva de la oración, de la escucha de su palabra, de la adoración eucarística, en la que ese Corazón es pan vivo, en la experiencia personal e incommunicable de su fidelidad, de ese *hesed* o ternura que habla a cada uno de nosotros, sin la cual ningún discurso tiene sentido. No por nada (puesto que estamos en territorio francés) san Juan Pablo II, al visitar la basílica de

Montmartre, la proclamó santuario nacional del Sagrado Corazón, de la divina misericordia y de la adoración perpetua. Con esto no solo mostró la profunda unidad de las tres expresiones lingüísticas, injertadas en una única *res*, sino que nos remite ineludiblemente a una experiencia personal.

Lo cual es como decir que solo se puede hablar de ello partiendo de un exceso de sentido que se ha experimentado, casi poniendo en palabras o dando razón de la esperanza que hay en nosotros (cf. 1 Pe 3, 14). Solo que en este punto vital salimos necesariamente de una conferencia para entrar, en todo caso, en un diario espiritual, como los que escribieron santa Margarita María o santa Faustina Kowalska. Este es, en efecto, el sentido de una homilía o conferencia: conducir a una experiencia viva de una realidad más grande que nuestras palabras, que queda confiada ante todo a nuestro libre albedrío, accidentalmente, o en cuanto depende de nosotros, en nuestra mayor o menor disponibilidad, y, bajo este aspecto en cambio sustancialmente, al don del Espíritu, a la medida de la gracia concedida a cada uno. Pero, como comprendéis, este es precisamente el punto que ya no me corresponde, ante el cual debo detenerme.

Debemos considerar ahora el otro tema de este encuentro, el Corazón de María santísima. A este respecto, diría que la metodología, o la pista de reflexión que seguimos, es la misma. Se trata ante todo de partir de la Escritura, y de ahí llegar a la vida; desde nuestra experiencia volveremos luego a la Escritura, es decir, a la experiencia que otros han hecho y han contado, y así siempre yendo y volviendo, en un círculo virtuoso movido por el Espíritu. El mismo Espíritu que mueve a los autores sagrados está, en efecto, presente y operante en nosotros, en la Iglesia: es Él quien escribe la palabra, pero también quien escribe nuestras vidas, en esa nueva escritura, ese *work in progress* que es nuestra existencia, o, podríamos decir, «el Evangelio según yo». El Espíritu, en efecto, como a ellos, así también a nosotros, recuerda, incluso en el sentido más profundo de hacer comprender, lo que Jesús ya nos ha dicho, y que nos revela todavía, siendo la Revelación no solo completa (y ciertamente lo es en el sentido de revelación pública), sino también *in fieri*, en continuo devenir, tal como es la Revelación en nuestras vidas, que es también la Revelación, a nosotros mismos, de nuestras vidas a nosotros mismos. En efecto, como observa un autor muy querido para mí y al que me es grato recordar aquí, G. Bernanos, la fe no es solo el único camino hacia el conocimiento de Dios, sino también de nosotros mismos en Él.

Así la Escritura, como es sabido, usa el término «corazón» para indicar el yo más profundo, la fuente primera de la personalidad, la identidad íntima de cada uno, que se manifiesta precisamente por lo que uno dice y hace en su vida, según ese *agere sequitur esse* al que ya hemos aludido. Como ya para Jesús, y también para otros, por ejemplo en la expresión veterotestamentaria «el corazón del pueblo», u otras más individuales, «corazón» dice la endíadis, simbólica y no descriptiva, de intelecto y voluntad como potencias fundamentales e identitarias del hombre. Así María «conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón» (Lc 2, 19), en un

contexto, el de la natividad, en el que muchos encuentran, ven, escuchan, se asombran, refieren: parece leerse, detrás de la trama lucana, el comienzo de la carta de Juan: «lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que nuestras manos han tocado, acerca del Verbo de la vida, pues la vida se hizo visible» (1 Jn 1, 1-2).

Por eso, si ya en la anunciación María se nos presenta por excelencia como la Virgen de la escucha, encarnación auténtica de ese *Shemá Israel*, siendo ella la hija de Sión por excelencia a la que Sofonías en realidad se dirige: «Alégrate, hija de Sión, grita de gozo, Israel, regocíjate de todo corazón, hija de Jerusalén» (Sof 3, 14), comprendemos que ese momento inicial se espesa y se grávida de visto, escuchado, contemplado, narrado, compartido, celebrado. La alegría llena su corazón tanto cuanto el Espíritu la llena, más aún, la ha llenado siempre perfectamente y sigue morando en plenitud en ella, haciendo de ella el santuario de la Alianza (cf. Lc 1, 35, que se ha de leer en paralelo con Éx 40, 34) según el sentido de ese bien meditado participio perfecto *kejaritoméne* (Lc 1, 28). Bien se puede decir que en ella vemos exactamente ese «permanecer en Él» que tanto relieve tiene en la narración joánica. Y puesto que el Espíritu la llena, la llena de su fruto, es decir, según Gál 5, 22: amor, alegría, paz, paciencia, benevolencia, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí, entendido como pleno dominio del Espíritu sobre su persona. Podemos decir bien que su corazón derrama todo esto, y el Magníficat es un ejemplo de ello, pero también lo difunde a su alrededor, desde la visitación en adelante. No tenemos tiempo para hablar de ello como deberíamos, pero el Espíritu es la clave de comprensión del obrar de María, desde Caná hasta la cruz y su presencia en la primera comunidad cristiana. Y de ahí en adelante esto continúa, a lo largo de toda la historia de la Iglesia, en la experiencia vivida del pueblo cristiano, que se declina también como mi experiencia personal, mi encuentro con ella, sin el cual, como ya hemos dicho, todo lo demás serían solo palabras o ideas, incluso religiosas, más o menos eruditas.

Como ya para Jesús, así también para María debemos todavía terminar el razonamiento. Y este termina no en sí mismo, en cuanto representación, sino en esa realidad viviente, la persona de María no descrita, sino encontrada, resucitada con el Resucitado, y como Él, por Él y en Él, perennemente viva en el cuerpo místico de la Iglesia. Desde el Resucitado, perennemente vivo y vivificante en el Espíritu, comprendemos y experimentamos la realidad de María, de su Corazón, como viviente, como lugar donde habita la gloria de Dios, morada de su presencia, su templo y su sede. Y de ahí sus múltiples relaciones con nosotros, con toda la Iglesia y con cada uno. Así san Cirilo, en su Comentario al Evangelio de Juan, lib. 11, 11, PG 74, 559-562, observa que «si todos nosotros somos miembros de un mismo cuerpo en Cristo, y no solo entre nosotros, sino también con aquel que está en nosotros por medio de su carne, es evidente que todos somos una sola cosa tanto entre nosotros como en Cristo [...]. Todos nosotros, habiendo recibido un único y mismo Espíritu Santo, estamos, en cierto modo, unidos tanto entre nosotros como con Dios. En efecto, aunque, tomados por separado, seamos muchos, y en cada uno de nosotros

Cristo haga habitar el Espíritu del Padre y suyo, sin embargo el Espíritu es único e indivisible. Él, con su presencia y su acción, reúne en la unidad espíritus que entre sí son distintos y separados. Él hace de todos en sí mismo una única y misma cosa».

He aquí por qué el Corazón de María es una sola cosa con el Corazón de Cristo, porque el Espíritu es el mismo; y he aquí también por qué María, según una bellísima expresión de san Luis María Grignon de Montfort, se forma en nosotros, y nosotros somos formados en ella por la acción del mismo Espíritu. He aquí por qué el alma, según una expresión querida a la tradición carmelitana, particularmente Marie Petit, es intrínsecamente mariana o «mariforme»: el Espíritu, en efecto, forma en nosotros almas semejantes a ella, como un molde, siempre según Montfort, forma otras tantas formas idénticas a la primera. Y sin embargo Jesús es Jesús, María sigue siendo ella misma, no un tubo o canal o, peor aún, una médium, por la cual el Espíritu de Jesús fluiría sin activar nada de su humanidad, real y distinta de la de Jesús. Jesús es Jesús, María es María, nosotros somos y seguimos siendo nosotros mismos: pero el Espíritu de Jesús saca, por así decir, lo mejor de nosotros de nosotros, nos hace ser lo que verdaderamente somos, remodelándonos según la imagen y semejanza originarias. Tanto más en Aquella que es la Inmaculada.

El Espíritu fluye en toda la Iglesia, y la vivifica toda: el Espíritu de Jesús fluye en todos los sarmientos de la vid, y toda ella se nutre de esa savia vital. Y cada miembro del cuerpo místico recibe del mismo Espíritu una función propia y específica: «Él ha constituido a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y maestros» (Ef 4, 11); y también «luego vienen los milagros, luego los dones de curaciones, de asistencia, de gobierno, de lenguas» (1 Cor 12, 28), y luego muchísimos otros, más comunes y ordinarios, pero todos igualmente indispensables. ¿Qué decir entonces del carisma más grande de todos, es decir, la caridad, el amor de *ágape*? ¿Hay algo excluido de él? He aquí el don y el ministerio, quisiera decir, de María en el seno de la Iglesia. Por lo demás, ¿no es verdad *per excellentiam* de ella lo que Juan dice de todos: «Nosotros amamos (ἀγαπῶμεν) porque él nos amó primero (πρῶτος ἠγάπησεν ἡμᾶς)»? Si ya santa Teresa del Niño Jesús quería ser en la Iglesia el amor, aspirando sabiamente al carisma más grande de todos, cuánto más será esto verdad para María, la Mujer que es verdadera Madre (cf. Jn 19, 27). ¿Y no será el ágape de María el de una verdadera madre, según esa dimensión antropológica y constitutivamente humana que la gracia presupone y perfecciona? Por eso ella es Madre de Cristo y, del mismo modo, de la Iglesia, de sus hijos, pastores y fieles (cf. Alocución de san Pablo VI al cierre de la tercera sesión del Concilio, 21 de noviembre de 1964) y de aquellos en quienes Cristo debe aún ser formado, y por tanto madre de todos los hombres: no solo porque la redención así comenzó, engendrándonos ella la Vida de la que vivimos, sino porque ella así continúa siéndolo en el Espíritu, en ese proceso continuo que continuará hasta el retorno del Señor.

Me es grato recordar aquí a san Juan Eudes: «Aunque el corazón de Jesús sea diferente del corazón de María y lo sobrepase infinitamente en sublimidad y

santidad, Dios ha unido tan íntimamente estos dos corazones que se puede decir con toda verdad que no son sino un solo corazón, porque han sido animados por un mismo Espíritu y colmados de los mismos sentimientos y afectos» (de *El corazón admirable de la santísima Madre de Dios*). Y también: «El corazón espiritual de Jesús es el corazón de María por la más íntima unión de espíritu y de voluntad entre ellos [...]. Si de los primeros cristianos está escrito que eran un solo corazón y una sola alma, con mayor razón esta unión es verdadera entre Jesús y María. [...] El corazón de Jesús, es decir, el Espíritu Santo, es el corazón de María. Pues si este Espíritu es dado por Dios a todos los cristianos para ser su espíritu y su corazón, ¡cuánto más no será dado a la madre de todos los cristianos! Se puede decir con verdad que el corazón de la santísima Virgen es Jesús» (*Revelación*, 1, 35).

Así María no es un duplicado de Jesús, no disminuye su función, no es la intercesora ante el intercesor, como si necesitáramos un buen abogado ante un juez severo: cuántas expresiones deberían ser captadas bajo la justa luz, y una catequesis auténtica y equilibrada debería poder ayudar. Verdaderamente «la única mediación del Redentor no excluye, sino que suscita más bien en las criaturas una variada cooperación participada de una única fuente» (LG, 62). La materia es principio de individuación de los cuerpos, pero el Espíritu es su principio vivificante: los cuerpos son diversos según la carne, pero unidos en el único cuerpo de Cristo. «Yo estoy en el Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros» (Jn 14, 19) no es solo una metáfora: es una realidad, en el sentido más profundo del término. La fe es nuestra razón, la medida de nuestro intelecto, tanto más luminosa cuanto más los sentidos del cuerpo y del espíritu desfallecen. La razón y el intelecto naturales son activados por ella, no disminuidos ni mortificados: los recursos del dogma conducen adonde nosotros no sabríamos llegar, pero solo llegamos a ellos a través de la razón, partiendo de la experiencia y reconduciendo a ella. Todo razonamiento, en efecto, parte de presupuestos que no puede demostrar, como una telaraña se apoya en puntos de fuerza que la sostienen, pero no forman parte de ella: la fe es un suplemento de sentido que activa el razonamiento, no lo acalla ni lo envilece. No existe, en efecto, un «yo pienso» abstracto, cartesiano, sino un «yo pienso» en relación con un Tú que me precede, el misterio infinito de Dios.